

Burdeos en acecho de una oportunidad para dejar el puesto.

En Pannonia, Regalianus, tuvo un reinado efímero; de otros usurpadores la historia solo ha conservado los nombres. En Carthago, en Egipto, en donde un tal Eliano, gobernó algún tiempo; en la Isauria, un bandolero, pasaron como meteoros sangrientos, brillaron un momento y volvieron á las tinieblas sin dejar huellas en los anales de la época que han llegado á nosotros. Solo Odenath y su esposa Zenobia estaban á punto de fundar un gran imperio romano árabe en torno de Palmira.

En 267 los godos y sus aliados habían penetrado de nuevo en el Asia menor y en la Grecia, en donde se apoderaron de Atenas. Las bandas que poblaban estas provincias volvieron por el Iliricum al Danubio. Galieno marchó á su encuentro y los disolvió en parte por la diplomacia y en parte por las armas. Galieno no tenía ningún escrúpulo en tratar con los bárbaros y es sabido que hacía tributar honores imperiales á su concubina, Pipa, hija de un rey marcomano. Mientras que hacía consular á un godo, Aureolus rebelado se apoderaba de Roma; Galieno volvió sobre él lo venció y lo encerró en Milan. Durante el sitio de esta ciudad, Claudio, Aurelianus y otros generales, comprendiendo que mientras rigiera el imperio hombre tan inepto y tan vicioso como Galieno, la anarquía iría en aumento, resolvieron deshacerse de él y en Mayo de 268 lo hicieron matar.

De la historia de los treinta tiranos se pueden sacar tres conclusiones legítimas: que los soldados eran los dueños definitivos del imperio; que este se hallaba en riesgo inminente de desmembrarse, siendo necesario para evitar que esto no fuera la ruina, organizar el desmembramiento, que fué la obra de Diocleciano, y que bajo un emperador

impotente como Galieno, á los diversos usurpadores se debe la defensa del territorio contra los bárbaros, defensa que el emperador oficial ni podía, ni sabia hacer.

*Claudio—Aureliano (268—275.)* Un dálmata, Marcus Aurelius Claudius, que Valeriano consideraba y temía, fué designado por los otros generales para vestir la púrpura y el Senado confirmó la elección. Ya era tiempo: una gran coalición se formaba entre los pueblos bárbaros, para invadir el imperio y Claudio empezó venciendo á los alamanos que se anticiparon á los otros, aunque Dunker asegura que esta tradición es falsa.

Por fin una multitud de hordas, mas de 300,000 combatientes segnidos de sus familias, de sus carrós, de sus rebaños pasaron el Danubio por la Bessarabia actual; allí se dividieron, unos embarcándose salvaron el Helesponto y se derramaron por las islas y las costas del Asia menor y de la Grecia y el grueso del ejército atravesó la Mesia. Claudio dejó á su hermano cubriendo á la Italia en Aquilea y se colocó en la Macedonia entre los bárbaros del mar que sitiaban á Tesalonica y los de tierra.—Vencidos y desconcertados los primeros por Aureliano, Claudio marchó sobre los segundos y los deshizo cerca de Naisus, persiguiendo á sus dispersos por todas partes, mientras que la flota imperial destruía á los que operaban por mar. Esta gran victoria aseguró un siglo de tranquilidad á la Mesia. Claudio murió en Sirmium de la peste que asolaba aquellas comarcas (270.) Sus comienzos anunciaban un gran emperador. Fué tio bisabuelo de Constantino.

Las tropas de Aquilea hicieron emperador al hermano de Claudio, quien fué reconocido por el Senado; pero al saber que los soldados de Pannonia ha-

bían proclamado á Aureliano, que aunque hijo de un liberto, había llegado á ocupar el segundo lugar en el ejército, se dió la muerte.

El nuevo emperador era digno del puesto que ocupaba. Por su severidad en la disciplina le llamaban los soldados *hierro en mano*, pero como era valientísimo, lo adoraban. Hombre de austeras costumbres, desdeñó los vanos elogios del Senado, y cuando fué á Roma habló como un conquistador. Mientras que esto hacia, los yutungos y los vándalos pasaban el Danubio. Aureliano venció á los primeros y los obligó á doblegarse ante él, impresionándolos con un aparato militar inmenso. Con los vándalos usó de política, y se vió obligado á abandonar definitivamente la Dacia. Para paliar este abandono necesario, pero vergonzoso, una parte de la Moesia llevó desde entonces el nombre de Dacia. Los colonos de la comarca conquistada por Trajano, se mantuvieron firmes contra la enorme marea de la invasión en sus inaccesibles montañas, y cuando ésta se desahogó por el Sur y el Oeste, ellos reconquistaron palmo á palmo el terreno perdido. En nuestro siglo han resucitado, formando la nación rumana, á la que el tratado de Berlin ha dado plena autonomía.

Pero las invasiones no cesaban un instante; los alamanos invadieron la Cisalpina, vencieron á Aureliano y llegaron hasta el Metauro: en Roma hubo sacrificios expiatorios y propiciatorios, en que perecieron probablemente algunas víctimas humanas, y hubo sediciones que Aureliano ahogó en sangre. Fué entonces cuando construyó un nuevo recinto á la ciudad, que comprendía al segundo.

Vencidos los bárbaros, Aureliano marchó al Oriente. Odenath había muerto asesinado, y su bella mujer Zeno-

bia había sido proclamada reina. Esta mujer sabia multitud de idiomas; era tan virtuosa como valiente y bella, y en su corte de griegos había encontrado un honrado consejero, *Longinus*, á quien se atribuye el tratado *de lo sublime*. Por ella, dice Aureliano, Odenath venció á los persas, y por temor á ella se estuvieron quietos los árabes, los sarracenos y los armenios. Zenobia se había apoderado de Alejandria, y su dominación sobre el Bajo Egipto duró hasta 272, y subyugó toda el Asia Menor, exceptuando la Bithynia. Por ahí entró Aureliano en Asia. Tomó á Antioquia, abandonada por Zenobia, y se mostró clemente y moderado hasta para dirimir las disputas teológicas entre los cristianos ortodoxos y los herejes del partido de Paulo de Samosata, gran amigo de Zenobia.

Después de perder en Emessa una gran batalla, Zenobia se había refugiado en Palmira. Aureliano atravesó el desierto y sitió á Palmira. Logró apoderarse de la reina, que iba en busca de los auxilios que esperaba de los persas, y la ciudad se rindió. Aureliano perdonó á la ciudad y á la reina; solo Longino murió noblemente. Ya el emperador atravesaba el Asia Menor de vuelta, cuando supo que Palmira se había sublevado. La venganza de Aureliano fué terrible: la reina del desierto cayó para siempre, y las caravanas, abandonando sus antiguas rutas, dejaron que las arenas sepultasen hasta sus ruinas.

Ya estaba en Europa, cuando la rebelión de Firmus en Alejandria lo obligó á marchar á Egipto, en donde se apoderó de la capital y del rebelde que murió crucificado. Luego marchó á las Galias contra Tetricus; éste facilitó á Aureliano el modo de vencerlo, y el imperio entero volvió á obedecer á un mismo dueño. En el espléndido

triunfo celebrado por el emperador en Roma, figuraron Zenobia y Tetricus, que vivieron muchos años despues. Con este motivo, el triunfador hizo espléndidos regalos á la tropa y al pueblo, y erigió un espléndido templo al sol, divinidad perfectamente acogida en el imperio, ya inclinado al monotheismo, y por una curiosa contradiccion, daba leyes suntuarias y usaba una pompa oriental en sus trajes y ceremonias.

Despues de reprimir una terrible seccion, que estalló en Roma con motivo de los abusos cometidos por los acuñadores de moneda, y de haber castigado en su misma familia una grave falta al honor, segun parece, marchó á las Galias, y en el Rhin y en el Danubio llevó á cabo varias felices empresas contra los bárbaros. Luego pensó en una gran expedicion contra los phartos, pero antes de llegar á Bizancio fue asesinado por algunos de sus servidores. Fué un principe mas necesario que bueno, dice un biógrafo, Vopiscus; la posteridad es del mismo parecer.

*Tácito.—Probo.—Caro. (275-284).* Los soldados, como para castigarse de haber dejado morir en una vulgar conspiracion á su jefe idolatrado, suplicaron al Senado que eligiese un nuevo emperador. Despues de seis meses de dejar acéfalo el imperio, sin que por eso la poderosa máquina dejase de funcionar, el Senado, que anunciaba al mundo entero, lleno de vanidad, la restauracion de su antiguo poder, en lugar de escoger un buen soldado para dirigir el imperio, revistió de la púrpura á un viejo senador, que llevaba el nombre de Tácito, y que se decia descendiente del gran historiador. Tácito rehusaba aquel peligroso honor, pero sus colegas lo obligaron y las legiones aceptaron un Néstor por caudillo, en los momentos en que se necesitaba un Ulises.

Reinado de un dia fué el suyo. Apenas

se hubo puesto al frente del ejército, para combatir á los esclavos y godos que pillaban el Asia menor, las sediciones comenzaron, primero en Siria y despues en derredor del soberano que se hallaba en Kapadokia. La edad, el disgusto que le causaba la insolencia de la soldadesca, habrian bastado á causar su muerte, pero parece que algunas secciones la apresuraron. Se habia visto forzado á aceptar el imperio, y gastó su fortuna y su vida en una efimera dominacion. A su orden de multiplicar las obras de Tácito en las bibliotecas se debe la conservacion del solo ejemplar mutilado que se ha podido encontrar.

A Tácito sucedió Probo, valiente y enérgico oficial que empezó por someter á la aprobacion del Senado su eleccion. Todo el ejército se adhirió á ella, hasta los mismos que habian proclamado á Florinus, hermano del emperador muerto, que fué asesinado despues de tres semanas de reinado. Probo era un hábil político y un hombre de guerra de primer orden. Empezó recorriendo las fronteras del imperio. El y sus generales batieron á los franks, á los alamanes, á quienes persiguió hasta el Nekhar, levantó los muros que unian al Rhin con el Danubio y teniendo constantemente ocupados á sus soldados en la guerra ó en los trabajos públicos, visitó las fronteras danubianas, venció en todas partes, las pacificó, redajo á la obediencia á la terrible tribu de los Iygios, cuyos guerreros se pintaban de negro, pasó al Asia menor, purgó aquellas comarcas de bandidos, y estableció numerosas colonias de veteranos á quienes dió tierras, deshecho últimamente una súplica del rey de Persia que queria la paz y volvió á Thracia para hacer ejecutar un vasto sistema de colonizacion de aquella comarca por familias bárbaras. En el estado en que estaba el imperio esta

idea fué fatal, por que fué la germanizacion del mundo romano, y facilitó el desarrollo de las invasiones. Lo mismo se hizo en diversas provincias.

Hubo varios pronunciamientos, en Alejandria, en Lyon, en Bretona; todos fueron sofocados, pero eran un síntoma de que el ejército pugnaba por sacudir el yugo de un hombre inflexible que los hacia trabajar sin cesar. Un dia, aburridos, se precipitaron sobre él y lo mataron cerca de Sirmium, en Pannonia. (282). Luego lo lloraron y Carus, á quien Probo habia colmado de honores lo vengó y revistió la púrpura.

Caro era un anciano bravo y enérgico tambien. Tenia dos hijos á quienes nombró Césares: uno Carino, muy depravado, quedó en Occidente, y el otro de costumbres puras é inclinaciones dulces, marchó con él á Oriente á combatir contra los persas. Estos quisieron detener á Caro con una embajada, pero Caro los despidió diciéndoles que dejaria el territorio persa como su cabeza: era calvo. (1) Efectivamente, tomó á Seleucia y á Ktesifon, y habria continuado sus triunfos, si en medio de una tempestad no hubiese sido asesinado. Numeriano, muerto su padre, emprendió la retirada: llegó al Asia menor y ahí, un dia se encontró su cadáver ya corrompido, dentro de la litera cerrada que lo conducia. El asesinato se atribuyó á Aper, prefecto del pretorio, autor probable del asesinato de Caro tambien. Un general dálmata, Diocleciano, hecho emperador por el ejército, vengó á las victimas, matando con sus propias manos á Aper, sin darle tiempo á defenderse. (284) Carino, entre tanto, asombraba á Roma por sus prodigalidades. El año de 285, marchó contra Diocleciano y ya lo habia

(1) Así nos lo muestran las medallas, mientras que Probo, de quien se ha referido hasta hoy la anécdota, tenia una abundante cabellera.

vencido, en las márgenes del Margus, cuando un soldado lo mató.

*De Diocleciano á Constantino (285-323).* El vengador sospechoso de Numeriano á quien Aurelius Victor llama *parentem potius quam dominum* pertenecia á una familia de esclavos y era de origen dálmata; el nuevo emperador se llamó probablemente Docles primero, luego Diocles y por último Diocletianus lo cual era mas eufónico y aristocrático. Gibbon hace de este gran príncipe el juicio siguiente: "Diocleciano no era un héroe, pero tuvo siempre el valor que la ocasion ó el deber exigian. Sus cualidades eran ménos brillantes que útiles, poseía un alma fuerte ilustrada por la experiencia y por un estudio profundo de la humanidad; era diestro y dedicado á los negocios, mezclaba juiciosamente la economía á la liberalidad, la severidad á la dulzura; profundamente disimulado, ocultaba esto bajo el velo de la franqueza militar; tenia constancia para llegar á su objeto, flexibilidad para variar sus medios y sobre todo el gran arte de someter sus pasiones y las de los otros al interés de su ambicion y de dar á esta los mas espaciosos pretextos de justicia y de bien público."

Diocleciano empezó por demostrar la perfecta conciencia que tenia de la situacion del imperio; el mundo bárbaro se agitaba en todas las fronteras y aquel vasto territorio amenazado, necesitaba de más de un caudillo directamente interesado en su conservacion. De aquí vino que escogiese un colega, Maximiano, bravo soldado que no era más que un instrumento y á quien cedió el Occidente; luego persuadido de que los amagos del exterior exigian una mayor division de la enorme carga del poder imperial, escogió otros dos oficiales de primer orden, Galerio, bravo campesino como Maximiano, y Constancio el

amárillento (Chloro) soldado de alta alcurnia y de noble alma. Aunque los nuevos emperadores tuvieron el nombre de Césares, y fueron los hijos oficiales de los dos Augustos, Diocleciano y Maximiano, en realidad los cuatro tenían las mismas facultades; en la Bretaña, las Galias y la España reinó Constancio Chloro; en las orillas del Danubio y las provincias Ilirias reinó Galerio; Maximiano se reservó Italia y Africa, y Tracia, Egipto y las opulentas provincias del Asia fueron el lote de Diocleciano. Esta division no tuvo el inconveniente de desagregar el imperio mientras su autor estuvo en el trono é impuso á todos el ascendiente de su espíritu superior. Con esta combinacion de la tetrarquía Diocleciano no solo creyó poder hacer frente á los enemigos exteriores sino parar la decadencia política de la obra de Augusto, regularizando la sucesion del imperio por la eleccion del príncipe, práctica á que debia el mundo el gran período de los Antoninos, cuya grandeza habria ido en aumento, si la debilidad paternal de Marco-Aurelio no hubiera roto con la tradicion.

Inmediatamente se puso á prueba la obra de Diocleciano. Las Galias estaban tranquilas desde que Maximiano habia derrotado á las bandas de campesinos (*bagaudos*) que airados contra los propietarios que habian reducido la plebe rural al estado de siervos del terruño (de la gleba) se habian alzado en armas llenos de desesperacion, talándolo é incendiándolo todo en sus terribles correrías (287). La Bretaña en cambio, gracias á la rebelion de Carausius y á su energia se habia hecho independiente y los dos Augustos se habian visto obligados á respetar al rebelde. Despues de la muerte de Carausius, Constancio pudo, secundado por una fuerte escuadra recuperar la Bre-

taña (296) y con esto, con las brillantes victorias obtenidas por Constancio en las orillas del Rhin sobre los alamanes, especialmente, con la firme vigilancia de Galerio en el Danubio y, sobre todo, por la política benigna seguida con los bárbaros, las fronteras del imperio occidental fueron respetadas. Siguiendo la política de Probus, los bárbaros, que eran capturados ó que huían de las feroces contiendas que los desgarraban fueron destinados á dotar al imperio de los brazos que le faltaban y la riqueza territorial renacia como por encanto, aunque la poblacion formada así podia tomarse como la vanguardia de la invasion. Pero era terrible la disyuntiva para el mundo romano, ó acabar por consuncion ó renovar sus fuerzas con la trasfusion de la sangre bárbara en sus venas.

En el Africa las cosas tenian un aspecto alarmante cuando Constantino recuperó la Bretaña. Maximiano venció completamente á los mauritanos y Diocleciano puso sitio á Alejandria que despues de tomada fué tratada con excesivo rigor. Las ciudades de Koptos y Busiris perecieron, y el emperador indignado, hizo quemar todos los libros que trataban del arte de hacer el oro, atribuidos á Pithagoras, á Salomón, á Hermes, y de éste modo singular hace su aparicion la alquimia en la historia de las ciencias.

A la reduccion del Egipto siguió la guerra con los persas, con motivo de la investidura que recibió Tiridates del reino de Armenia que los persas le habian arrebatado y que era indispensable conservar bajo la proteccion de Roma, si se queria tener seguras las fronteras de Oriente. Galerio, encargado de la guerra, sufrió primero serios reveses que estuvieron á punto de trocarse en desastres, pero en una segunda campaña, logró reparar sus derrotas

venciendo á los persas mandados por su rey Narsés en persona. Poco despues se celebró en Nisibis un tratado de paz en que se señalaba el Araxes como límite entre las dos monarquías, se reconocian los derechos de Tiridates al trono de Armenia y se cedian al imperio la Mesopotamia y cinco provincias en la orilla izquierda del Tigris. El triunfo era completo y Diocleciano y Maximiano lo celebraron con inmensa pompa en Roma. (297) Pero esta distincion no volvió á la ciudad eterna su rango de capital; Maximiano fijó su corte en Milan y Diocleciano en Nikomedia á orillas del Helesponto. Así llevaba el astuto príncipe adelante su propósito de transformar el régimen de Augusto, en un imperio absoluto á la oriental, suprimiendo la influencia del Senado, rebajando el rango de Roma, mientras se hacia entrar á Italia en el régimen comun á las demas provincias. No reinaban en el imperio ni el espíritu de la antigua Roma, ni los descendientes de los romanos; lo que habia entonces era el producto de la reaccion del mundo sobre su conquistadora, y en aquel abigarrado y gigantesco edificio, el durísimo pero humilde granito que habia formado el cimiento, habia desaparecido ya. En realidad el reinado de Diocleciano fué el principio del imperio bizantino.

Para consolidar su política sistemáticamente despótica, Diocleciano ciñó la diadema y puso entre él y la masa de sus súbditos una escala descendente de empleos de todas especies, fundando así esa inmensa burocracia bizantina que los segundos flavianos habian de refinar y desarrollar constantemente; la consecuencia de esto fué que cuando, dice Lactancio, fueron más los que recibian que los que contribuian, las provincias fueron oprimidas por el peso de los tributos. La capitacion y el

impuesto territorial, sobre todo, cegaban las fuentes de la riqueza pública, á pesar de los esfuerzos de Diocleciano para moderar este estado de cosas.

Los reinados de Augusto, Hadriano y Diocleciano marcan las tres fases de la evolucion del imperio. Con este último por la nulificacion del Senado, por la reduccion de Italia á provincia tributaria, por la barrera gerárquica de empleados que rodeó al trono, la centralizacion llegó á su máximum y la organizacion política, administrativa y social del imperio no pudo ir más allá de lo que entonces fué, porque faltaba á aquella grande obra de unificacion el elemento de la unidad religiosa que el cristianismo habia destruido para confiscarlo luego en su favor. Realmente reducido el politeísmo á una masa confusa de supersticiones en el vulgo, á un grupo de sueños místicos de los filósofos que pensaban en trasformarlo cuando ya era tarde, y á la religion oficial, toda de convencion, que no pasaba de una fórmula política en que el emperador hacia el papel de Júpiter como Diocleciano ó de Hércules como Maximiano, no podia presentar una resistencia duradera al cristianismo; si la desaparicion definitiva del politeísmo se demoró algun tiempo fué por la resistencia pasiva de las costumbres, no de las ideas. Pero dado el medio en que vivian era imposible que los emperadores renunciaran á la religion oficial que era la parte más culminante de las instituciones imperiales y que comprendieran que la idea llamada á realizar la unidad religiosa del imperio era, la cristiana, que con maravillosa habilidad se habia adecuado al molde imperial dándose una constitucion episcopal indestructible y simple, y mostrándose, no la religion de un pueblo ó de un país, sino de todas las naciones, del mundo entero. Los cristianos no tenian ni ciudad